

LA FORMA DE UNA AUSENCIA*

José Lezama Lima

2 de abril de 1968. Tu carta me llegó en un momento de rara oportunidad, pues el día anterior había recibido letras de nuestro querido Julián Orbón. Eso me llevó a una rara coincidencia, a un azar concurrente. Aquellos días en que nos veíamos en el Vedado y teníamos oportunidad de hacer de la cotidianidad algo que nos enriquecía espiritualmente. Teníamos la costumbre de pensar, de hablar, de ejercitar una ausencia platónica. De pronto, tuvimos que dar paso a un proverbio oriental: *Cuando la familia está hecha, llega la dispersión; cuando la casa está construida, llega la muerte.*

* * *

28 de junio de 1968. Han sido años de soledad los que nos han embestido y han dejado sobre nosotros desolaciones y tristezas, pero todo ese sombrío aluvión no puede evitar que usted escriba unas páginas tan ricas en la evocación. Esa Habana de 1936, que evocas, tiene en todos nosotros muy especiales y diversas resonancias. Eran años que se iban a diferenciar de la sucesión de los años. Lo que usted representaba y representa para todos nosotros es difícil de precisar, como son difíciles las cosas que nos han acompañado toda la vida. Usted era y es lo mejor de España. Era Ortega. La *Revista de Occidente*, un gran momento de poesía, de *sympathos* inteligente que llegaba de España y se volcaba de nuevo en nuestras playas. Siempre la veremos así, como una representación, yo diría como una aparición, de lo mejor. Por el sufrimiento, por hacer que el hombre transcurra en el mundo de la divinidad, por ese convencimiento, que aparece en la cultura china, de que el hombre tiene siete intuiciones en su vida, esclarecidas por siete relámpagos. Por eso, sus páginas sobre Antígona nos tocan en lo más hondo y verídico de nosotros; el cumplimiento de un destino más allá de la muerte, como el *fatum*, es la mejor ayuda del hombre.

Tu carta me hace comprender el mundo angustiado en que vives, en que vivimos. Rodeados de inmensas destrucciones, nos sentimos a veces como inermes y castigados en exceso; pero tú, mi querida amiga, eres de la raza de los resurrectos, estás siempre en vida. Ya en Roma o en esos

ventisqueros suizos, como Nietzsche, o por los alrededores de París, te has convertido en un *ente de imagen*: Sueñas y te soñamos.

* * *

Septiembre de 1972. Creo, queridísima amiga, haberla comprendido hace treinta años, haberla amado, sentido algo más que una admiración, pues forma parte de los misterios, de la comunión de los seres en lo invisible y estelar.

* * *

2 de febrero de 1974. La veo a usted siempre muy cercana, diciendo una canción o glosando una sentencia senequista. Asombrémonos de esa coincidencia, de que un día nuestras voces se esparcirán por nuestra piel y favorecerán la sacralización de la memoria.

* * *

Hacia abril de 1975. Cada cual encontrará la línea que separa a sus vivos de sus muertos y a veces esa línea desaparece. Y entonces volvemos a los comienzos, a los orígenes, donde ya veníamos del no existir.

* * *

7 de abril de 1975. Usted a mí también se me presenta y tengo la vivencia de años de mi vida que han permanecido como encristalados en el tiempo. Creo que nos burlamos un poco del espacio que nos separa y, como en los éxtasis de San Benito y Santa Escolástica, acudimos volando a reunirnos en una noche cargada de electricidad tempestuosa.

* * *

31 de diciembre de 1975. Su carta, mi muy querida amiga, revela la raíz iluminativa que resume su vida y su escritura. Sí, la vi con los ojos azules y la sigo viendo con ese color tan español, el azul pálido de la Ascensión. Y así la veo siempre en esa ascensión que ha sido su vida. Formada en lo profundo para esa soledad que usted ha sabido resistir. Pues, en realidad, siempre la sitúo en aquellos años en que nos veíamos con tanta frecuencia que nuestra conversación parecía no interrumpirse sino ser una continuación invisible en la que no se nos escapaban ni los corderos blancos ni los negros, cuyos sacrificios sirven para penetrar en los infiernos, según las viejas lecturas odiseicas. Pero entonces la veía en su presencia, ahora la veo en su transfiguración, en la otra figura que todos somos y que pocos logramos ver; pero usted lo ha logrado, vivir en los dos planos, en algo que pudiéramos llamar sobrenaturalidad, como si estuviera y no estuviera en estrecha rela-



ción una cámara con la otra. Es lo que hace ya muchos siglos, los benedictinos llamaban la sobria ebriedad del espíritu, que nos permite la comunicación del Eros estelar con Gea, la devoradora.

Desde aquellos años está en estrecha relación con la vida de nosotros; eran años de secreta meditación y desenvuelta expresión. La veíamos con la frecuencia necesaria y nos daba la compañía que necesitábamos. Eramos tres o cuatro personas que nos acompañábamos y nos disimulábamos la desesperación. Porque, sin duda, donde usted hizo más labor de amistad secreta e inteligente fue entre nosotros. De ahí empezamos ya a verla con sus ojos azules, que nos daban la impresión de algo un tanto sobrenatural que se hacía cotidiano. Yo recuerdo aquellos años como los mejores de mi vida. Y usted estaba y penetraba en la Cuba secreta, que existirá mientras vivamos y luego reaparecerá en formas impalpables tal vez, pero duras y resistentes como la arena mojada.

No crea que he dejado de verla con su azul pálido. A través del tiempo he aprendido a mirarla como algo que está y no está, y que se nos presenta como una lejanía. Usted ha sabido cultivarla y habitar esa lejanía que le da algo estelar y como de llegada en los momentos más difíciles.

Le escribo en estos días de Navidad, en los que un suave rocío nos envuelve con su aire de epifanía. Quizá sea la mejor época para dialogar con usted. ¿A quién dirigimos sino a usted en los momentos de prueba, pero en los que permanece firme nuestro sentido de la persona y el de su dignidad?

* * *

23 de mayo de 1976. Me alegra ver cómo usted siempre resurge en búsqueda de una verdad sellada.



* Textos extraídos de las cartas de Lezama Lima a María Zambrano entre los años 1968 y 1976. El último fragmento antecede en sólo tres meses a la muerte de Lezama, acaecida en La Habana, el 9 de agosto de 1976. La selección y la ordenación de los textos, así como el título a que estos se acogen, se deben a José Angel Valente.